

DIAGNOSTICO SOCIAL

Valgañón, Mónica (2010). Diagnóstico Social. En Fernández Moya, J. En Busca de Resultados. Tomo I Mendoza, Triunfar.

Es imposible pensar a un individuo aislado de intercambios **permanentes** con el medio en el que vive. Es como si se lo aislara de aquello que precisamente le da vida: sus **múltiples y variadas relaciones**. Sin embargo muchas veces desde la psicología, se naturaliza¹ el enfoque individual y hasta intrapsíquico, como la modalidad privilegiada para conocer a un ser humano, cuando en realidad se trata de una terrible reducción. En otras palabras el paradigma individual restrictivo tiñe aún concepciones y prácticas en la disciplina.

La temprana adherencia al modelo médico alejó a la psicología de las enriquecedoras perspectivas de la antropología, la biología, la sociología, la medicina social y otras disciplinas que sostienen el paradigma social expansivo,² modificando profundamente los modos de entender al hombre, el proceso de salud y por ende, la tarea del psicólogo.

Sin embargo luego de la “crisis” de la psicología clínica en la década del '60, los aportes de la psicología positiva, la psicología sanitaria y la comunitaria, junto con la vigencia de la concepción constructivista – compleja, han renovado la perspectiva de comprensión de la conducta humana, sus vínculos y conexiones.

Se puede considerar entonces al diagnostico social como: **un modo de ampliar la comprensión del comportamiento humano sobre el que se focaliza una distinción, identificando vínculos y relaciones entre las conductas individuales y sus co relatos familiares, comunitarios y culturales.**

¹ Considerar a un proceso artificial, arbitrario y creado por el hombre en un momento histórico dado, como un atributo propio, inherente a la cosa per sé.

² Las prácticas rudimentarias del arte de curar, ligadas a lo sagrado y sobrenatural durante la Edad Media, vivieron un enorme avance frente a la vigencia del pensamiento positivista. Éste si bien proponía divisiones y dicotomías, dotaba de racionalidad lo que se comenzaba a conocer acerca de la enfermedad mental, ligándola a la medicina. El pensamiento médico científico consolidó la explicación de la patología fuera de lo extraordinario y la sacó de lo que se designaba como anormalidad. Dividió al individuo en partes: mente – cuerpo, lo consideró como un “paciente” sinónimo de “yacente”, lo descontextualizó de referencias ambientales y sociales, se centró en el sujeto aislado de su entorno.

Red de Redes

Nuestra conducta está indudablemente enredada.

Las personas no son traídas “por la cigüeña”; nacen, crecen y viven en un entramado de relaciones de distintos niveles que influyen en su cotidianidad, indisolublemente conectadas a cada individualidad.

Nacemos en un lugar geográfico, en un momento histórico, en un ambiente específico. Hay una historia social que nos precede, nos condiciona y se integra a cada sujeto. Cada conducta particular está referida a un contexto. **Éste sería el conjunto de circunstancias socio históricas, económicas y culturales que están presentes en una conducta determinada, focalizada según la mirada de un observador.**

La concepción del individuo **en relación** rescata la multidimensionalidad de la misma, la influencia recíproca y la distinción **activa** de quien **recorta** la información.

Al hacer una descripción necesariamente se realiza una reducción, una focalización temporaria que permite cierta comprensión de los hechos y alguna intervención sobre éstos. *Se dejan de lado algunos aspectos y se enfatizan otros según la estructura conceptual de quien hace la referencia.*

La representación de las circunstancias de contexto que rodean una conducta puede componer un diagnóstico social, como una narración **no del todo completa, ni estable ni totalmente especificable** (Najmanovich 1995) que permite identificar las redes simbólicas sobre las que se interpreta la conducta de las personas.

Algunas distinciones

Urie Bronfenbrenner (1987) con el modelo ecológico del comportamiento, aporta un instrumento inicial para distinguir la co influencia de factores macrocontextuales y microsociales presentes en una estructura interaccional básica.

Gregory Bateson (2001) proporciona además la contundencia de su concepción acerca del aprendizaje, la comunicación, los niveles metacomunicativos, que permiten considerar la complejidad del mosaico interaccional de la conducta humana.

Para facilitar la comprensión de los conceptos participantes en la distinción del diagnóstico social, vamos a desglosar en diferentes niveles de análisis el ejemplo siguiente:

Tras el asalto seguido de muerte de una mujer de 38 años ocurrido en la provincia de Mendoza, un matutino local tituló: “Los asesinos de MM son jóvenes de 17 y 18 años, “hijos” de la década del ‘90”.

El periódico asume una perspectiva ampliada como posible explicación de un suceso, **superando la atribución de patología individual**. Relaciona lo ocurrido con algunas cuestiones sucedidas desde 1990 en Argentina. Contextualiza. Incluye un macrocontexto como co - determinante de una situación puntual, específicamente la década del '90 en el país.

El macrocontexto puede ser entendido como a las formas de organización social, cultura y creencias dadas en una sociedad ubicada históricamente. Puede incluir aspectos:

- Económicos
- Sociales
- Culturales
- Políticos

Algunas preguntas que guían la construcción del macro contexto pueden ser:

¿Sobre qué hechos socio históricos se desenvuelve la vida de las personas?

Las premisas económicas y políticas imperantes ¿qué condicionamientos y limitaciones imprimen al desarrollo de individuo?

¿Cómo afecta en el proyecto personal, la incidencia de los factores económicos y laborales?

¿Cuáles son las ideas centrales que derivan de los modelos económicos y políticos?

¿Cómo se manifiestan en los hábitos de relación entre las personas, las ideas dominantes de la cultura?

¿Cómo se reparte y mantiene el poder?

Siguiendo el ejemplo mencionado, puede sucintamente sintetizarse como relevante en esta franja histórica los siguientes aspectos que pueden atribuirse al macrocontexto:

La década del 90 **profundizó el modelo aperturista** de la economía iniciado en 1976 con la alianza entre la burguesía nacional, el capital extranjero y las fuerzas armadas (Torrado 2004).

El Estado de Bienestar que aseguraba seguridad social, lograba **cohesión** social básica y aseguraba el salario directo e indirecto había caído en crisis y había sido **suplantado por el Estado Subsidiario**. Las teorías Keynesianas habían truncado por la posición Bismarkiana en el occidente (Isuani 2004). El cambio implicó un proceso de degradación salarial, movilidad descendente, flexibilización de las condiciones laborales, pobreza intra e intergeneracional heterogénea e intensa.

El empobrecimiento de las capas medias que dieron lugar a la llamada “nueva pobreza”. Esta especial condición socioeconómica constituyó un fenómeno exclusivo de la Argentina, en tanto las personas tenían ingresos de clases bajas y costumbres culturales de las capas medias, anteriormente relevantes en la estructura poblacional del país (Minujín & Kesler 1995).

La desocupación con la consecuente **desafiliación** de las redes de relación y la pérdida de la seguridad social fueron consecuencias devastadoras del tejido relacional, con profundas derivaciones en la vida de las familias.

Las personas se encontraron bruscamente excluidas y/o marginadas del goce de los derechos básicos constituyeron un alarmante porcentaje del 57% de la población del país³. El aumento exponencial de la pobreza trajo aparejada consecuencias catastróficas para quienes la sufrían directamente y para quienes no. El **conjunto de la sociedad** debió enfrentar el aumento de la delincuencia, de las adicciones en variedad e intensidad, la degradación educativa y cultural, la prevalencia de enfermedades que responden a un perfil epidemiológico anacrónico, etc. (Saforcada, 2008).

El sentido de superación personal puesto en el trabajo y el esfuerzo individual se modificó drásticamente. La masiva pérdida de los empleos, cierres de empresas tradicionales, no solo quitó la posibilidad material de manutención al trabajador y su familia sino que **alteró principios fundamentales del trabajo**, como el sentido de pertenencia y de progreso. La movilidad social ascendente tuvo un sesgo oportunista, aleatorio, escaso y privativo de unos pocos. El contrato social descompuso las premisas y enfatizó la “salvación personal” a través de mecanismos no siempre relacionados con el trabajo, la producción, el esfuerzo y el ejercicio de la ciudadanía (Donini 2005)⁴.

La fragmentación de la sociedad fue inminente. Se perdió la capacidad metabolizadora de la clase media, la inserción laboral de sectores obreros relevantes, la **movilidad social mediante el esfuerzo y el trabajo**; elementos constitutivos de la cohesión social. La división y fragmentación rige hasta estos tiempos en un proceso de muy difícil resolución.

Retomando el titular del periódico que sirve de ejemplo, se debe considerar que estos jóvenes nacieron y se criaron durante los años de mayor desintegración social en el país. Las creencias – marco alentaban al sinsentido del esfuerzo, la desesperanza,

³ 29 millones de argentinos se encontraron por debajo de la línea de pobreza según datos del INDEC.

⁴ Esta tendencia encontraba su opuesto en el apoyo social derivado de las redes naturales de contención que intervinieron directamente en la supervivencia de muchas personas: apareció el trueque y más tarde se originó el fenómeno de las fábricas “recuperadas” por sus propios trabajadores. Estas alternativas carecieron de la misma incidencia en la representación social comunitaria que las secuelas de la desocupación, pero constituyeron una estrategia parcialmente eficaz y han merecido el estudio por parte de académicos e investigadores del exterior.

miedo social, desafiliación y exclusión. El empobrecimiento intenso y la marginación del goce de derechos esenciales, como la desnutrición biológica y cultural se conjugaban paralelamente a la construcción de una subcultura marginal de objetivos inmediatos y tanáticos. En ésta predominaba la falta de proyectos adaptativos, el vivir día a día, como invisibles parámetros de lo cotidiano.

En el nivel siguiente de análisis, el **microsistema**, caracterizado por las relaciones “cara a cara” o la red vincular más próxima (Bronfenbrenner 1987), corresponde tomar a los lazos familiares y comunidad inmediata.

*¿Cómo es el paisaje cotidiano en el que viven las personas?
¿Cuál es su comunidad, su barrio? ¿Qué características tiene? ¿Cuál es su historia?
¿Qué familias o personas son consideradas centrales? ¿Cómo son las relaciones entre los miembros de su grupo comunitario y familiar?
¿Existen instituciones formales o no formales que concentren las actividades sociales?
¿Qué hacen? ¿Con quién?
¿Cómo es su familia? ¿Cuáles son las vinculaciones entre los miembros? ¿Por qué aspectos económicos y sociales están condicionados? ¿A qué modelo cultural de funcionamiento familiar se encuentran adheridos?*

La **evolución del funcionamiento familiar** a partir de los años '90 evidenció en Argentina cambios profundos. En el vasto territorio nacional sin embargo, el desarrollo de los distintos grupos familiares ha sido **heterogéneo** muy relacionado también a las características demográficas y ubicación en el espacio rural o urbano. Con estas salvedades se puede identificar elementos influyentes en las organizaciones que produjeron diversas consecuencias.

Desde el punto de vista sociológico la marcha del funcionamiento familiar se ubicaba en la llamada “segunda transición” (Torrado, 2004). Se alude a la creciente

valoración de la autonomía personal dentro del marco familiar. Las personas se separaron de los mandatos institucionales como la religión y doctrinas políticas aumentando la importancia de la autodeterminación y el proyecto personal. La familia no conformaba para la realización de un “nosotros” sino de uno mismo. Los vínculos se mantenían a voluntad y satisfacción de las partes.

Aumentó la cohabitación a prueba, disminuyó la tasa de nupcialidad, el matrimonio dejó de ser una institución protectora, aumentaron divorcios, separaciones, familias de un solo padre, ensambladas.

La autodeterminación también produjo **rechazo de los roles tradicionales** de esposos y padres. La parentalidad se ejerció con constantes apoyos en terceros: familia extensa (abuelos, tíos), ayuda de empleados domésticos, vecinos e instituciones como jardines maternales intervinieron en la crianza. La participación de ambos progenitores en el mercado de trabajo obligaba a recibir ayuda para el cuidado de los hijos. La **inestabilidad y apertura familiar** se constituyó en una característica común.

Pero como consecuencia del “ajuste”⁵ el ingreso y permanencia de las mujeres en el pauperizado mercado laboral revistió el carácter de sustento familiar. La profunda desocupación fue fuertemente masculina, por lo que las esposas proveyeron los ingresos tanto directos como indirectos (subsidios).

El deterioro salarial y la falta de protección estatal provocaron otro tipo de inestabilidad familiar ya que ésta se unía más que a un proceso de autodeterminación, al de **aislamiento y desamparo social**.

Los grupos familiares drásticamente empobrecidos y excluidos sumaron esta vulnerabilidad al cambio cultural de los roles asignados en las familias.

La relativización de los vínculos conyugales aumentó la labilidad y cambio conyugal. En algunas familias que tienen un particular modo de disfuncionalidad, la desarmonía marital se enlazaba con la **alteración de la parentalidad**.

⁵ Denominación dada al proceso económico instaurado desde 1976.

El deterioro en las tareas nutricias se manifestó con desligamiento, escasa nutrición emocional y rechazo o instrumentación de los hijos. El deterioro en las tareas socializadoras dio como resultante la no adherencia a las normas sociales.

El ejercicio patológico de la parentalidad **no tuvo relevos adecuados** dentro de la familia ampliada, por lo que se buscaba la sobre asistencia en los servicios sociales y de salud como ayuda que excedía a la profesión de los efectores. Era claramente sustitutoria.

Estas estructuras familiares, denominadas multiproblemáticas (Coletti & Linares 2000) expresan un estilo de hacer y de relacionarse, en una **estructura abierta y que consume vorazmente asistencia de distinto tipo.**

Los jóvenes señalados en el matutino local, crecieron en un ambiente económico adverso, excluyente, y en vínculos familiares patológicos con severa disfunción parental, sin relevos eficaces. Muchos de estos chicos vivieron sufrimiento crónico y perjuicios directos de parte de quienes debían protegerlos, como el abandono, el maltrato o el abuso. Fueron no queridos o instrumentalizados. No lograron recursos fortalecedores o adaptativos y en general carecieron de mecanismos de simbolización adecuados. La desconfianza en el poder establecido, la desafiliación de instituciones reguladoras, el enraizamiento en la subcultura de la exclusión favorecieron la perpetuación de conductas que expresan claramente su periferia: la delincuencia.

El nivel de análisis siguiente se refiere a la conducta **individual.**

Cada persona piensa, siente, se relaciona, define la realidad de una manera única. Sus disfunciones y sus recursos particulares forjan elementos básicos que condicionan su conducta. Los aspectos individuales de la personalidad han sido narrados convenientemente en apartados anteriores, lo que resulta indispensable en esta ocasión es referir el **acoplamiento del diagnóstico individual con el social.**

Bateson (2001) aporta el visionario concepto de “ecología de la mente” integrando todos los factores de relación del ser humano posibles de distinguir en un intercambio constante. Las conductas individuales encajan y tienen sentido en su red de interacción más amplia. Se forjan e influyen mutuamente. No es posible encontrar un individuo aislado de sus intercambios ecológicos. Éstos son siempre “condiciones de posibilidad” (Najmanovich 2005) sobre las que las personas han de tejer las definiciones de sí mismos.

Siguiendo con el ejemplo, los chicos que cometieron el delito tienen un modo de pensar, de afectarse, de pasar a la acción únicos de sí mismos. La configuración de su personalidad, las vivencias que sufrieron y cómo las superaron o no, son procesos personales. El diagnóstico de sus aspectos patológicos y de sus fortalezas individuales se articula con los intercambios sistémicos en los que se desarrollaron. El sujeto se construye, se enferma y se recupera socialmente.

El “eslabón perdido” en la distinción: el profesional que describe

Cualquier apreciación que se realice sobre los fenómenos es hecha por alguien. Una persona es la que recorta los hechos y los describe. Alguien que tiene sus propios condicionamientos y posibilidades desde su estructura biológica y su desarrollo relacional.

No se trata de ninguna manera de una construcción de conocimientos aséptica sino **propia de una subjetividad viva**, encarnada; atravesada por su propia historia y sobretodo por el contexto específico del ejercicio de su arte. Por lo que cualquier afirmación, cualquier explicación va a expresar también al individuo que las realiza aunque las efectúe desde la posición profesional.

Incluir al diagnóstico de lo social constituye un compromiso ético y una herramienta que actualiza y amplía los alcances de las respuestas de la psicología. Sobretodo, si se tiene en cuenta el particular contexto latinoamericano que requiere de respuestas eficaces y de promoción de los procesos de salud de su población.

Muchas veces el profesional trabaja de manera desmembrada y aislada del contexto sociocultural que forma parte activa y versátil de la conducta humana. El ejercicio de considerar la mutación de las condiciones de vida de las personas y la integración de éstas a su complejo medio de interacción, ha de abrir las posibilidades de impacto positivo en la calidad de vida de la gente.

Por lo que la actitud de integrar el diagnóstico social a cualquier apreciación de la conducta de un individuo puede considerarse una practica no solo responsable, sino una herramienta eficaz para promover el bienestar de las personas.

Referencias:

- Anguita E y Minujin A (2005): El futuro: el mundo que nos espera a los argentinos. 1° Edición. Edhasa.
- Andrenacci, (2000): Miseria de la Política Social. Seminario de Integración y Exclusión Social en la Argentina. FLACSO.
- Asociación Argentina de Políticas Sociales (2002): Estrategias de articulación de políticas sociales. AAPS Ediciones. CEPAL. Buenos Aires.
- Bateson, Gregory (2001) Pasos hacia una ecología de la mente. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires.
- Bustelo E & Minujín A (2000): Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes. UNICEF. Ediciones Santillana. Bogotá.
- Bronfenbrenner, Urie (1987): La ecología del desarrollo humano: experimentos en entornos naturales y diseñados. Paidós.
- Colleti, M Linares J (2000): La intervención sistémica en los servicios sociales ante la familia multiproblemática. Paidós. Barcelona- BsAs-Méjico.
- Consejo Federal de Niñez, Adolescencia y Familia (2007) Balance del Consejo Federal de Niñez, Adolescencia y Familia. Ministerio de Desarrollo Social, Presidencia de la Nación, Bs As.
- Donini, Antonio (2005) Sexualidad y familia. Crisis y desafíos frente al siglo XXI. Ed. Noveduc, Buenos Aires Primera impresión.
- Isuani, Aldo (2004) Política Social en la Argentina. Conferencia. Maestría en Psicología Social. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.
- Minujín A & Kesler G (1995): La nueva pobreza en la Argentina, Paidós, Buenos Aires.
- Najmanovich, Denise (2005): El juego de los vínculos. Subjetividad y redes: figuras en mutación. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Saforcada, Enrique (1999): Psicología Comunitaria. El enfoque ecológico contextualista de Jim G. Kelly. Proa XXI. Buenos Aires.
- Saforcada, Enrique (1999): Psicología Comunitaria. El enfoque ecológico contextualista de Jim G. Kelly. Proa XXI. Buenos Aires.

- Torrado, Susana (2003): Historia de la familia en la Argentina moderna (1870 - 2000) 1° Edición Buenos Aires Ed De la Flor.
- Torrado, Susana (2004): Ajuste y Cohesión social. Argentina el modelo para no seguir. Revista Tareas, 117, mayo - agosto, Celsa, Panamá, pag 15-24 Disponible en www/bibliotecavirtual.clacso.org.ar/
- Torrado, Susana (2004): La Herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia. Editorial Capital Intelectual. Buenos Aires.